

lencio y compostura, qué gravedad y recogimiento se advierte en todo! Así es cómo los sacerdotes pueden celebrar con devoción, y los fieles oír con atención la santa Misa y demás oficios eucarísticos. ¡Es un templo modelo!

Cierto es que no todos los lugares pueden contar con los medios de que dispone el Colegio de *Corpus Christi*; pero, ¿se me negará que puede de él copiarse el aseo y la limpieza en el templo y utensilios sagrados, la puntualidad en las horas de los oficios divinos, y el silencio en todos los concurrentes, para que todo pueda desempeñarse con recogimiento y fervor? Que vale inmensamente más en la presencia de Dios simplificar los actos del culto, no prescritos por los cánones, y rendírseles modesta y religiosamente, que no intentar grandes iluminaciones, é interminables aparatos, para que no exista más que la indevoción, la confusión, el enfado y el escándalo!

EJEMPLO

Refiere S. Vicente Ferrer que á un impío, que no quiso arrodillarse en el momento de la consagración, se le apareció de un modo visible y terrorífico el demonio y le dijo:—¡Impío, traidor, por quien Jesucristo ha padecido tanto! Si Él hubiese hecho por nosotros la centésima parte de lo que ha sufrido por ti le serviríamos de rodillas día y noche—Y le dió la muerte. *Catec. en exemplos.*



XXV

Significación de las ceremonias de la S. Misa.

Et intus plena sunt oculis.

Y por dentro están llenos de ojos.

Apoc. IV, 8.

1. Los objetos no tienen valor por lo que aparecen, sino por lo que son; no se aprecian por su forma, antes bien por su fondo; no dan el ser los accidentes, pero sí la substancia. Al publicar la Verdad eterna que daría á comer su propio Cuerpo y á beber su misma Sangre, viendo que los carnafañtas no entendieron estas palabras de salud, según convenía, antes bien, dudaron de ellas, pronunció esta divina sentencia: El espíritu es el que da vida, mas la carne para nada aprovecha (1). Como si dijera: Las palabras que yo he pronunciado se han de tomar según su espíritu, no según su material sentido; se han de tomar, ciertamente, como suenan, porque cabe el sentido literal, y el sentido literal es que yo os doy á comer realmente mi Cuerpo y á beber verdaderamente mi Sangre; pero si es verdad que las mencionadas palabras deben tomarse como suenan, también lo es que no deben entenderse material y carnalmente; y carnal y materialmente se entenderían si se creyera que Jesucristo iba á dar en comida su Cuerpo y en bebida su San-

(1) Joan. VI, 64.

gre del modo ordinario que los hombres ingieren las viandas corporales. Comprended ahora, por qué dice también el Apóstol, al ocuparse del sentido que debe darse á las sagradas Escrituras, que la letra mata y el espíritu vivifica (1), porque ciertamente nos hemos de atener al verdadero sentido de las palabras bíblicas, no al que éstas de sí revelan, en lo cual consiste el capital error de la Reforma. Muchas veces pronunciamos frases cuyo sentido no es el que gramaticalmente expresan, y sin embargo, los que nos escuchan, si son avisados, entienden nuestro lenguaje.

2. Por consiguiente, no se aprecia la forma, sino el fondo de las cosas. Y con esto habréis comprendido que, al ocuparme de las ceremonias de la S. Misa, pretenda hacerlos ver que éstas no son propiamente lo que aparecen: dentro de su corteza existe realmente el fruto exquisito; su significado se halla envuelto en su hermosa forma, y á este significado debemos atenernos cuando asistimos al adorable Sacrificio.

Toda la gloria de la hija del rey, enseña el vate coronado, consiste en lo que tiene de dentro (2); y toda la hermosura del Sacrificio eucarístico estriba, no en el venerable aparato de preciosos ornamentos, majestuoso altar, radiantes luces y oloroso incienso; no en esas bellas ceremonias que practican los ministros sagrados y sus oficiales eclesiásticos; no en la manera de portarse el pueblo fiel en el templo durante los oficios divinos, sino en todo lo que esos objetos sagrados, y rúbricas devotas, y personas eclesiásticas representan. Tal fué la intención de Jesucristo al enseñar á los apóstoles el modo de celebrar con reverencia la S. Misa, y tal fué el deseo de éstos juntamente con la universal Iglesia al establecer y sancionar los ritos que siempre ha observado.

Bello asunto, aunque algo arduo, para estrechado en los cortos límites de un discurso. Empero, debiendo ocuparme de él para llenar el Plan de esta Obra, lo distribuiré en tres

(1) II, Cor., III, 6.

(2) Ps. XLIV, 14.

partes, que comprenden: 1.^a *Significación de las ceremonias de la Misa desde su principio hasta el Canon.* 2.^a *Significación de las del Canon.* 3.^a *Representación de las restantes.*

§. I.

Al describir el desterrado de Patmos el bello trono que Dios posee en el cielo, y consignar que en derredor suyo existen cuatro resplandecientes animales, dice de éstos que por dentro están llenos de ojos. *Et intus plena sunt oculis.* Digno de admiración es que, teniendo los animales ojos exteriores, se afirme misteriosamente de los que están en el glorioso trono del inmaculado Cordero, que también los posean interiores. Por cierto, los apocalípticos irracionales son un emblema adecuado de los evangelistas sagrados, dando á entender por sus brillantes luces que la luz divina con que los historiadores del Salvador veían y conocían los sucesos, procedía del divino Espíritu. También á nuestras ceremonias litúrgicas da vida y esplendor su hermosa significación en la cual se halla su verdadero espíritu.

El sacerdote se dispone en la sacristía para celebrar el augusto Sacrificio y se viste los sagrados ornamentos; también el Hijo de Dios se dispuso en el seno del Padre para celebrar su Encarnación y se vistió de la santa Humanidad, quedando hecho Dios y Hombre verdadero. El sacerdote toma el cáliz, y, cubriéndose, sale de la sacristía en dirección al altar, precedido del ministro ó ministros; asimismo, Jesucristo tomó el cáliz de su amarga vida, y, cubriéndose con su asombrosa humildad y pobreza, salió al gran teatro del mundo, precedido de los Patriarcas y Profetas que le anunciaron. El sacerdote, antes de comenzar el Sacrificio, hace profunda reverencia á la Cruz; y el Verbo divino, antes de comenzar su vida hipostática, pidió á su eterno Padre licencia para hacerse Hombre. El sacerdote, por último, recita humildemente el salmo *Judica* y la Confesión general y besa con reverencia el altar; y el Verbo del Padre, anonadándose hasta lo sumo, bajó á las entrañas de la Virgen más pura que los siglos contemplaron.

¿No véis cómo el celebrante pasa á la izquierda del altar y lee el introito? Pues el introito significa los ardientes deseos que tenían los Patriarcas y Profetas por la venida saludable del Mesías prometido. ¿No véis cómo vuelve al medio del altar y repite seis veces los Kiries y tres los Christes? Pues estas breves súplicas denotan las prolongadas voces de los Santos Padres de la Ley antigua, con las cuales pedían al Señor tuviese misericordia de su pueblo, enviándole su Deseado. Levanta el celebrante sus manos, las junta y recita mientras tanto el *Gloria in excelsis Deo*; y con todo esto nos recuerda el alegre Nacimiento de Jesucristo, en cuya memorable noche cantaron festivamente los coros angélicos al compás de arrobadoras armonías: «Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» Vuélvese luego el sacerdote y saluda al pueblo con el *Dominus vobiscum*, la cual salutación repite siete veces para hacer constar que desea comunique el Señor á los fieles los siete Dones del Espíritu Santo. Si el ministro responde *Et cum spiritu tuo*, es porque desea en nombre de estos mismos fieles se concedan idénticos frutos al celebrante. Pronuncia éste el *Oremus* y á continuación las Oraciones, recordándonos la Presentación de Jesús en el templo y la modesta ofrenda que dió la Virgen Santísima al sacerdote. Lee la Epístola y nos hace grata memoria de la misteriosa doctrina de los Profetas y su predicación. Recita el Gradual y nos recuerda la conversión y bautismo de los pueblos por los activos trabajos del Bautista.

Habréis notado que el ministro pasa el Misal á la derecha del altar, y con esto manifiesta que Jesucristo abandonó á los pérfidos judíos, significados por las lecciones de los profetas, y pasó á convertir á los gentiles, que en las sombras de la muerte dormitaban, quienes son figurados por el Evangelio que á continuación va á recitar. Habréis observado, asimismo, que mientras es leído el Evangelio, todos los asistentes, incluso los mismos obispos, permanecen de pie: ceremonia expresiva, que, á más de recordarnos que la doctrina evangélica es eminentísima, denota que debemos estar

dispuestos los católicos á defender con todas nuestras fuerzas á Jesucristo; así refieren varios autores que en algunos pueblos, mientras se recitaba ó cantaba el Evangelio, muchos varones, preparados de antemano, desenvainaban sus afiladas espadas y las mantenían en alto, como para indicar que defenderían á todo trance el Evangelio. Habréis visto igualmente, que el celebrante, mientras recita las palabras evangélicas, tiene juntas las manos, para declararnos que á más de la Fe, como virtud teologal, debemos poseer las buenas obras. Finalmente, habréis notado que para cantarse el Evangelio se llevan varias luces é incienso odorífero, significándonos estas rúbricas que la Doctrina del Salvador iluminó el mundo y le llenó del buen olor de la gloria de Dios.

Después del santo Evangelio, pasa el sacerdote al medio del altar y reza el Credo, símbolo de nuestra verdadera Fe, compilado por los Apóstoles, que por eso mismo significa la conversión de éstos y de otros discípulos del Señor á la Fe divina; y si el celebrante se arrodilla con pausa al *Incar-natus*, es porque debemos venerar profundamente y recordar vivamente, mientras existamos, el beneficio inestimable de la Encarnación.

Pronunciado el *Oremus*, síguese el Ofertorio, en el cual el ministro de Dios ofrece al Padre Eterno la Hostia inmaculada del Sacrificio. Jesucristo, en verdad, antes de padecer, ofreció humildemente á su Padre su propia vida. Recordaréis que el sacerdote, para disponer la materia del cáliz, pone unas gotitas de agua en el vino, significándonos con tal sagrada mezcla la sangre y el agua que manó del precioso Costado del Salvador. Habréis reparado también que si el agua es bendecida por el celebrante, antes de verterla en el cáliz, no lo es el vino, lo cual no carece de sublime significación, porque representando el agua al pueblo fiel, éste necesita para su existencia de la bendición divina, mientras que, figurando el vino á Jesucristo en su divina sangre, el Hijo de Dios no necesita de bendiciones.

Vuélvese de nuevo el celebrante hacia el pueblo y recita

Orate fratres, con lo cual amonesta encarecidamente á los asistentes que rueguen para que el Sacrificio sea aceptable á Dios S. Nuestro; ceremonia que nos recuerda que debemos estar en el Canon con atención suma, á fin de meditar las ocultas maquinaciones que pérfidamente llevaron á cabo los israelitas contra Jesucristo, simbolizadas por las oraciones secretas.

Cuando el sacerdote, elevando las manos, pronuncia *Sursum corda*, nos amonesta que elevemos nuestro corazón al cielo á fin de estar con atención reverente á los misterios que van á realizarse. El beato Enrique Susón temblaba por espacio de un gran rato cuando pronunciaba estas sagradas palabras, y el beato Nicolás Factor se extasiaba ante Jesucristo, elevándose sobre el pavimento.

Síguese el Prefacio, que significa los modestos preparativos que hizo el divino Salvador para entrar victorioso en Jerusalén, el cual prefacio termina con el Sanctus, que representa esta misma entrada triunfante, pues, según el Evangelio, para este hermoso acto, los vecinos de la ciudad deicida salieron con palmas y ramos á recibir al Señor, y, arrojando sus capas en el suelo, exclamaban llenos de alborozo: Hosanna en las alturas; hosanna al Hijo de David; bendito sea el que viene en nombre del Señor. Y con semejantes festivas aclamaciones termina la primera parte para entrar en otra más sagrada, y veneranda, que llamamos Canon.

§. II.

Ved al sacerdote que, extendiendo, elevando y juntando las manos, besa el altar, al pronunciar *Te igitur*; y recordad al propio tiempo que Jesucristo, en el huerto de Getsemani, extendió, elevó y juntó sus omnipotentes manos cuando oró á su Eterno Padre, besando también el suelo cuando en su mortal agonía cayó desfallecido sobre sí mismo, después de haber transpirado copiosas gotas de preciosa sangre. Ved al sacerdote que practica tres veces la señal de la Cruz sobre la Hostia y el Cáliz; y considerad asimismo al Salvador entregado tres veces á sus crueles enemigos: una por

su Eterno Padre, otra por el infame Judas y la tercera por el inicuo Pilato. Ved al sacerdote que extiende y junta las manos, y en el primer memento ruega por toda la Iglesia; y notad igualmente que el divino Jesús, cuando en el huerto fué preso por la maliciosa turba judaica, rogó por todos sus discípulos para que fuesen librados de los tormentos. Ved, finalmente, al sacerdote que pone sus dos sagradas manos sobre la hostia y el cáliz, permaneciendo de esta manera mientras recita una oración; mas no olvidéis que el Redentor recibió sobre sus delicadas espaldas una prolongada lluvia de crueles azotes, sobre sus puras sienes una grande corona de punzantes espinas, y sobre sus tiernos hombros la pesadísima cruz de nuestros graves pecados, sufriendolo todo, no por breves instantes, sino por largas horas.

Llega el solemne momento de la consagración, en que el Hijo de Dios, sin dejar la diestra del Padre, bajará á las manos del sacerdote, cuando éste pronuncie sobre la hostia y el cáliz los omnipotentes vocablos. Para el efecto, el celebrante forma cinco cruces, tres sobre la hostia y el cáliz juntamente, y una sobre la hostia y otra sobre el cáliz separadamente; y dice S. Buenaventura que estas cruces significan los cinco sentidos de Cristo atormentados. Al llegar á este lugar de la S. Misa es cuando el cristiano debe recoger con particularidad su atención, y con aquella fe profunda que sólo Dios inspira, recordar la singular fineza del Santísimo Sacramento. Si Jesucristo, para regalarnos esta dulce Prenda, tomó el pan en sus venerables manos, lo bendijo, lo partió y lo consagró, distribuyéndolo luego entre sus amados discípulos, también el sacerdote, después de frotar sobre los corporales las puntas de sus dedos en señal de reverencia al Cuerpo de Cristo, toma la Hostia, la bendice y la consagra con los mismos vocablos que el Salvador empleara. Fijáos cómo el celebrante se inclina para pronunciar las palabras consagratorias, á fin de indicarnos la reverencia suma que debemos tener á ella; cómo luego de adorar la santa Hostia la levanta para que la adore el pueblo, repitiendo á continuación esta misma rúbrica con el Cáliz consagrado. Pues bien:

Jesucristo, S. N., para ser crucificado, se inclinó hasta la cruz que en tierra depositada estaba, y después fué levantado con ella en alto, para desde el Madero santo atraer todos los hombres y todas las cosas hacia sí.

Acabada la elevación, el sacerdote, extendiendo los brazos en forma de cruz, ofrece al Padre los infinitos méritos de su Hijo, y, formando cinco cruces sobre la Hostia y el Cáliz, como antes, denota primeramente la Crucifixión del Salvador y luego sus cinco principales llagas. ¿Recordáis que el sacerdote, al llegar á este punto, se inclina y besa el altar? Pues la humildad del Señor crucificado fué tanta que besó también el suelo cuando los malvados judíos le colocaron sobre la cruz boca abajo. ¿Recordáis que el sacerdote practica una cruz sobre la Hostia y otra sobre el Cáliz? Pues aquélla significa que Jesucristo fué clavado en la Cruz, y ésta que derramó su sangre por nosotros. ¿Recordáis que el sacerdote forma sobre sí la señal de la Cruz? Pues declara que el Redentor nos aplicó los relevantes méritos de su Pasión.

Luego, el celebrante suplica al Padre por los difuntos, á quienes tuvo presentes el Dios-Hombre cuando pendiente de la Cruz estuvo; y da un golpe de pecho para indicar que está arrepentido de sus pecados, significándonos con esta bella ceremonia el sincero arrepentimiento del Buen Ladrón cuando, desde su infame madero, solicitó el perdón de sus culpas.

El sacerdote forma tres cruces sobre la Hostia y el Cáliz; y Jesucristo oró en su último suplicio tres veces por sus enemigos y dos por sí mismo. El sacerdote practica con la Santa Hostia tres cruces sobre el Cáliz; y Jesucristo estuvo tres largas horas pendiente del sagrado Madero. El sacerdote hace otras dos cruces con la Hostia fuera del Cáliz, y una denota la muerte del Salvador y la otra su descendimiento consolador al seno de los santos Padres.

¡Qué significación tan sublime ofrecen las ceremonias del Canon! ¡Cómo representan ordenadamente la Vida y Pasión y Muerte del Hombre-Dios! ¡Cómo alegran el espíritu cris-

tiano! Pero entremos á estudiar las restantes ceremonias, que ciertamente expansionan también al alma amante de Jesucristo, y son una hermosa continuación de la horrorosa tragedia del Calvario.

§. III.

Cuando el espíritu cristiano llega con su devota meditación á esta tercera Parte de la S. Misa; cuando recuerda que el *Pater noster* significa la Oración que el Señor hizo cuando en la Cruz clavado estaba; cuando pondera que la división de la adorable Hostia en tres partes desiguales denota la división de la purísima Carne del Salvador en otras tres, que fueron asimismo desiguales: las manos, los pies y el costado; cuando contempla que la partecita de la santa Hostia, que quedó en la mano del sacerdote y con la cual forma tres cruces sobre el Cáliz, expresa la resurrección de Jesús, pues la Hostia significa el Cuerpo, la sangre el alma, y la junta ó mezcla de ambos la resurrección, embebido todo en la ponderación de estos dolorosos y gloriosos misterios, prorrumpe en suspiros interiores de gozo, se derrama en manifestaciones exteriores de júbilo.

Continuad, empero, en esta hermosa meditación; seguid la Misa con el ministro del Excelso, y hallaréis en sus bellas ceremonias nuevos motivos de santa alegría, nuevas causas de alborozo santo. ¿Véis que se inclina algún tanto y que repite tres veces el *Agnus Dei*? Persuadíos que intenta significar el amargo llanto de las tres Marías cuando vieron bajar á Jesucristo muerto de la Cruz. ¿Véis que coloca la Santa Hostia sobre la patena y recita tres veces: *Domine non sum dignus*, dándose al propio tiempo fuertes golpes de pecho? Conveceos que pretende expresar cuando José de Arimatea y Nicodemus, en medio de prolongado llanto y gran dolor de sus pecados, envolvieron en sábana limpia el Cuerpo adorable del Señor. ¿Véis, por último, que se inclina profundamente y comulga el Cuerpo y la Sangre de Jesús? No olvidéis, pues, que ansía denotar la fúnebre sepultura del mismo Señor.

Terminada la Comunión del Hombre-Dios, verificadas ya las místicas abluciones, el ministro pasa el misal á la izquierda del altar, lugar en que antes estaba. Recordaréis que el haberlo trasladado á la parte derecha significaba que el Redentor abandonó á los pérfidos judíos, para extender su gracia á los gentiles; mas ahora, movido á tierna compasión, quiere que, al menos en el fin del mundo, se conviertan aquéllos al Catolicismo, siendo significada esta merced por el hecho de haber sido trasladado el misal á la parte en que estaba al principio de la Misa. Sigue *Dominus vobiscum*, deprecación que se repite otra vez antes del *Ite Missa est*; y estas consoladoras saluciones denotan las que el Salvador hizo á sus apóstoles y discípulos después de resucitado, cuando, al entrar de improviso en el Cenáculo, les dijo: La paz sea con vosotros.

Al volverse el sacerdote al pueblo, pronuncia *Ite Missa est*, con lo cual representa la gloriosa Ascensión del Señor; porque así como Jesucristo, S. N., despidióse en aquel momento de todos sus discípulos, así despídese el ministro de Dios de los fieles asistentes al Sacrificio; y á la manera que el Salvador, al comenzar á elevarse por los aires, dió su bendición divina á sus discípulos queridos, de la propia manera el sacerdote, en el fin de la Misa y en nombre de Jesucristo, otorga su bendición á los católicos. Algunos autores aseguran que esta bendición significa la venida del Espíritu Santo, y la verdad es que la ceremonia del último Evangelio expresa la predicación de los apóstoles, quienes, llenos de este Espíritu divino, recorrieron el mundo, diseminando la doctrina del Redentor.

He terminado el asunto que me propuse desarrollar en este discurso. Recopilándole, debo añadir que la Santa Misa es, no sólo una memoria pasajera de la Vida, Pasión y Muerte del Salvador, sino representación viva y real de los propios Misterios; es una verdadera reiteración, una exacta reproducción de los trabajos de Jesucristo y la graciosa aplicación de sus infinitos méritos. Por consiguiente, ¿qué cuidado no deberemos poner con objeto de aprovecharnos de

tan saludable ejercicio? Mientras asistimos al adorable Sacrificio de la Misa podemos meditar los misterios alegres, los misterios sangrientos, los misterios triunfantes del Hombre-Dios, ó bien podemos ponderar alguno de los mismos, que sin duda será lo más ventajoso, ya que también cansa menos las potencias del espíritu.

Meditemos en la Misa la dulce Pasión del Salvador; su recuerdo es infinitamente consolador y provechoso. Ponderémosla con atención y con fervor, á la manera que Sta. Isabel, reina Hungría, la cual, á medida que contemplaba en la Misa los tormentos del Señor y la ingratitud de los hombres á beneficio semejante, iba despojándose de su real corona, de sus valiosas sortijas y de sus ricas prendas, las cuales colocaba en el suelo en señal de profundo desprecio. Y teniendo los católicos ejemplos tan admirables, ¿habrá quien asista, no obstante, al venerable Sacrificio, lleno de vanidad y presunción, atestado de galas y de exterioridades ridículas? Yo os convido á que, como testigos presenciales de la muerte incruenta de un Hombre-Dios, asistáis á la Oblación santa de los altares eucarísticos, á ese Gólgota místico del templo cristiano, y veréis cómo os sentís conmovidos, como los israelitas de buena fe; inspirados, como Nicodemos; ablandados, como el Centurión; convertidos, como el Ladrón Bueno; y santificados, como el amante hijo de Zebedeo.